

El libro oscuro

Óscar Molina

Cuando cae la noche, los intrépidos rastreadores salen en busca de su anhelo. Ocultos bajo sus capas se adentran en las oscuridades y las exploran, sin temor a las criaturas que pudieran poblarlas. No fue una cuestión personal hasta que el anciano maestro les encomendó la búsqueda, porque el anciano maestro solo atiende a los asuntos más relevantes.

—Así que son ciertas las leyendas —comentó Ultano Montesinos.

—No son leyendas, hermano, sino historias —le respondió Alberto.

Alberto y Ultano transitaban con urgencia por las solitarias calles de la ciudad. El uno lucía un pelo albino, figura alta y delgada, mirada cálida y voz apacible; el otro, de misma figura pero de pelo aún oscuro, le marcaba una mirada inquieta y una voz ronca. Nunca dos hermanos podían haberse diferenciado tanto, y sin embargo, haber compartido una misma dedicación.

—Y los rumores, ¿también son ciertos? —Ultano continuó consultando.

—Mucho me temo que sí.

—¿Es tan seductor como dicen?

—¿Es eso lo que dicen? —se interesó Alberto, fingiendo sorpresa.

Ultano, que ya conocía los recursos de su hermano Alberto, añadió cuanto sabía sobre el asunto que se traían entre manos.

—Se dice que su persuasión es única; te llama, te atrae, retuerce tu voluntad y te obliga.

—Es muy posible que así sea, hermano. Debemos extremar las precauciones.

—Si hay precauciones que extremar, lo que tenga que saber es el momento de que me lo digas.

Alberto miró de soslayo a su hermano y le preparó.

—No se debe tocar, ni atender, ni mucho menos abrirlo... por muy inofensivo que pueda parecer a simple vista. Como bien has dicho, sabe retorcer la voluntad de una persona.

Ultano arrugó el rostro, como si aquello se saliera de lo común.

—Con el tiempo que lleva perdido, no hubiera estado de más que siguiera en paradero desconocido —se lamentó.

—No resto razón a tus censuras —le dijo Alberto—, pero piensa lo afortunados que somos de poder eliminar esa amenaza... si logramos encontrarlo.

—Ellos también lo buscan, ¿verdad?

—Más que nosotros, que no te quepa duda. Bien, ¿preparado, hermano? Ya hemos llegado.

Ambos hermanos se situaron frente a un viejo palacio, deteriorado y abandonado. El jardín se había asilvestrado, las paredes agrietado y los postigos de las ventanas, cerrados completamente, deslucidos. El inconmensurable paso del tiempo había hecho estragos tal y como cabía esperar. El palacio maldito, la casa encantada, el lugar de los horrores... ¡quién sabe cuántos calificativos había tenido aquel lugar!

—Una lástima —comentó Alberto, al comprobar el estado de abandono, pues el palacio fue bello y hermoso en su origen.

—Entremos cuanto antes, ya percibo malas palpitaciones —aseguró Ultano—. En este palacio hubo acontecimientos trágicos, guarda mucha maldad que no ha sido aireada. No nos resultará fácil husmear ahí dentro.

—La guarida perfecta para un libro maldito —consideró Alberto.

En aquellas horas intempestivas de la noche, las precauciones para salvaguardar la discreción se relajaban. Durante el día hubieran actuado de manera diferente, pero de noche no sentían tal necesidad; su especial naturaleza no alarmaría a la gente corriente, dormida confortablemente en sus hogares.

—Bien, entremos —le dijo Alberto a su hermano, empuñando su varita mágica—. Me da la impresión de que nos han enviado al lugar adecuado.

Ultano asintió y Alberto tocó suavemente con la varita la cerradura del portón de acceso. Se abrió por arte de magia y ambos entraron al jardín. Al llegar a la puerta de la casa, una puerta recia de madera de ébano, repitió la misma operación y esta se entreabrió. Tras ella, una profunda oscuridad les recibió.

Una vez dentro, la puerta se cerró de golpe. Ellos no se alarmaron, atentos a la búsqueda. Una gran conmoción residía en el viejo palacio, causada por la gran cantidad de magia negra que se había practicado entre sus muros antes de su cierre. Aquello dificultaba la búsqueda porque enmascaraba el objeto maldito, por lo que debieron recurrir a otras ardidés para provocar una manifestación... pero por más que lo intentaron, el libro no se reveló.

Hubieron de registrar la planta de la entrada, la planta superior, la buhardilla y el sótano; y el libro no aparecía. Sin embargo, desde el exterior comenzó a sonar el vertiginoso vuelo de las sombras, de aquellos brujos oscuros que buscaban el libro para enaltecerse y beber de sus conocimientos. Eran Ellos, los que no debían poseer el libro, por el bien de la comunidad.

Entonces lo percibieron con claridad. Con el acoso de los espectros una fuerza se declaró. Alberto y Ultano lo percibieron, como expertos rastreadores que eran. Había que descender de nuevo al sótano del palacio, y allí descubrieron una trampilla que vibraba violentamente.

—¿Mazmorras? —preguntó Ultano.

—Debimos preverlo —respondió Alberto.

Sin tiempo para lamentos, ambos rastreadores abrieron la trampilla que golpeaba en el suelo. La oscuridad era plena, pero aquella era una circunstancia a la que ya estaban acostumbrados. Descendieron por unas escaleras hasta tocar suelo, y al prender una luminaria que les guiara hallaron el libro maldito.

—Ahí lo tenemos, el Libro Oscuro —le dijo Alberto a su hermano.

—Rápido, antes de que Ellos entren y nos lo arrebatan.

—¡Quieto, no lo toques! Recuerda cuanto te he dicho.

—Tienes razón —reconoció Ultano—. ¿Comentó el maestro cómo llevármolo?

Alberto hizo aparecer con su varita una escarcela que iluminó el entorno por su intenso brillo. Era de color blanquecino, pero desprendía destellos tanto dorados como plateados.

—Con la varita, hermano —le indicó Alberto.

Ultano observó el libro entre las tinieblas de las mazmorras. Era un ejemplar vetusto, revestido de cuero negro y remaches de oro nocturno. Era un ejemplar sin título, sin grabados, grueso y de buen tamaño. De origen ancestral, el misterio que desprendía era irresistible. Finalmente, el mago invocó el encantamiento de la atracción y con la punta de la varita lo guió en el aire hasta introducirlo en la escarcela.

Pero de pronto, el vuelo de los espectros pudo escucharse en el interior del palacio. Habían entrado, convencidos de encontrar su reliquia.

—Esas sombras tienen un olfato infalible —gruñó Ultano.

—No es para menos —comentó Alberto—. Este libro es su razón de existir. Toda la magia negra existente queda recogida en este ejemplar, es el anhelo de todo brujo de la oscuridad. El libro se alimenta de cada nueva creación de las artes oscuras, seduce a quien lo abre y lo induce a estudiarlo, de principio a fin. Crea maestros de la oscuridad que propagan la magia negra. Por eso debemos retirarlo. ¡Oh, están ahí mismo! ¡Escapa, hermano!

Los espectros de la noche descendieron hasta las mazmorras del palacio. Ultano forzó la desaparición, portando el libro maldito, el Libro Oscuro. Mientras, Alberto se enfrentó a las sombras con varita en mano, escapando cuando le fue posible.

Ultano Montesinos apareció, solo y portando el libro en la escarcela, en lo alto de su torre, una torre integrada en el centro de la ciudad. Su hermano le envió una luminaria con un mensaje que decía así:

«Escapé. Guárdalo por esta noche. En el amanecer reúnete con el maestro, ahora las sombras están cargadas de rabia y lo buscarán. Yo te esperaré con él. Deposítalo en lugar seguro y olvida que lo tienes. Huye de las tentaciones, ese libro ha creado tantos maestros oscuros como han existido».

Ultano leyó en varias ocasiones el mensaje, pero su mente se encontraba relajada. Nada se movía, nada se activaba. No había motivo para la alarma, pensó.

Dejó la escarcela sobre el escritorio y se dispuso a reposar, en espera del amanecer. A la luz del día podría trasladarlo sin riesgos.

El mago sintió un descanso agradable, lejos de las tensiones de la búsqueda. Atrás quedó la conmoción acumulada en el interior del palacio maldito, la presencia de las sombras y la turbación de la reliquia oscura. Ahora sentía bienestar.

Ultano se relajó con la intención de dormir. Sin embargo, una vez sumido en el enigmático tiempo de la duermevela, comenzó a escuchar una voz, no una voz ajena sino su propia voz. Él se hablaba a sí mismo.

«No parece tan peligroso como lo cuentan. Es solo un libro, una reliquia del pasado, solo eso. ¿No deseas curiosidad por la magia de nuestros ancestros? ¿Qué puede suceder? Nada malo. Es una oportunidad única para deleitarse».

—No —se respondió a viva voz—. Las instrucciones son claras.

Pero la voz interior se deslizaba en su mente, le hacía sentirse bien, le hacía ver la situación de otra manera.

«Ellos lo abrirán y busmearán. El maestro aguarda a que se lo entregues para aumentar su sabiduría, no desea compartirlo contigo, te han prohibido ojearlo».

—No es cierto.

«Y tu hermano... ¿te hará partícipe o aprovechará la ocasión para superarte? Él verá cosas que tú nunca podrás descubrir si ignoras el libro».

—Él no quiere leerlo, quiere retirarlo —se resistió el mago a la voz interior, suave y melosa. Sin embargo, ya no replicaba con la misma contundencia.

«Yo solo quiero ayudarte, para que no desperdices esta oportunidad. Nunca más podrás curiosidad. Estás solo, nadie se enterará. Es solo un libro, nadie se ha perjudicado por leer un libro. Nadie lo sabrá, será nuestro secreto».

Ultano dirigió la mirada hacia la escarcela que guardaba el libro. Al fin y al cabo, como le decía la voz, solo era un libro. Las leyendas, pensó el mago, podrían haber adicionado propiedades exageradas. Nadie se hace maestro oscuro sin su propia voluntad, se convenció.

—No debo —musitó con un hilo débil de voz.

«Sí debes. Ellos lo leerán y pensarán que eres un pésimo mago, asustado por ojear un libro, débil por creer que no puedes resistir a unas palabras escritas en tiempos remotos».

—Se reirían de mí —se dijo Ultano, imaginándose al maestro y a su hermano con una sonrisa desbordada, vilipendiándole por sus absurdos temores.

«Ese libro fue escrito hace mucho tiempo, cuando la magia apenas florecía. Un gran mago, como tú, puede superar cualquier magia que se hiciera en los albores. ¿O no te ves capaz?».

—Claro que me veo capaz.

«A cambio de tu valor, podrás descubrir los secretos de tus enemigos. En ese libro aguardan los conjuros con los que te atacan. Si descubres cómo son invocados, podrás defenderte mejor que nadie, y serás invencible».

—¡Cierto! —exclamó Ultano—. Conociendo su magia no podrán derrotarme.

«Así es, amigo. Abre el libro, ojea y crece como mago. Solo tienes esta noche para encumbrarte. No tengas miedo».

—¡No tengo miedo! —se respondió, encaminándose hacia el escritorio.

Ultano abrió la escarcela y observó el libro vetusto que aguardaba en su interior. No sintió peligro, pero sí ingenuidad. Se sintió humillado por las advertencias de su hermano y del maestro. ¿Le estarían poniendo a prueba? Sí, eso era, se convenció. ¿Cómo pudo haber temido a un simple libro? Ultano metió la mano y lo sacó de la escarcela albina.

El mago posó el ejemplar sobre la palma de sus manos, sintiendo una sensación de poder agradable. Entonces, convencido, abrió el Libro Oscuro.

De inmediato escuchó la llamada del libro maldito. Su voluntad quedó a su merced, comenzó a leer y a instruirse, absorbiendo el conocimiento oscuro que había en su interior.

Y así hasta que asomó el amanecer.

Apenas había leído una pequeña parte del libro y cuando recordó que debía entregarlo, un rechazo en su interior le obligó a negarse. Era su libro, deseaba estudiarlo hasta el final. Aquellos conocimientos le atraparon: quería aprender a absorber la energía ajena, a doblegar la voluntad del enemigo, a beber de sus habilidades, a consumirles, a torturarles, a secuestrarles, a agredirles... a matarles. Y una vez muertos, deseaba aprender a convertirles en sus sirvientes, en sus esclavos, en sus confidentes. Así sería el maestro de la oscuridad, el de mayor poder, irreductible y temido.

Pero el amanecer le arrebató aquellas expectativas, porque debía entregarlo. Desprenderse de él y no verlo nunca más.

—¡No!

De pronto, alguien llamó a la puerta. Ultano sabía quién era.

—Ultano, debemos acudir junto al maestro. ¿Estás listo? Yo te acompañaré.

El mago abrazó el libro, no se lo arrebatarían. De ninguna de las maneras. Alberto, por su parte, fiel a su intuición, cayó en la desesperanza.

—¡Ultano, abre la puerta y muéstrate!

Pero Ultano se vio en el espejo. Su mirada había cambiado, era taciturna y sombría. Sus gestos nerviosos y sus manos temblorosas, aferradas al libro, le delatarían. La puerta volvió a sonar con insistencia y Ultano supo que iba a ser derribada. Tenía que tomar una decisión de inmediato. La voz de su interior volvió a seducirle, atrayéndole.

«Es tuyo. No debes entregarlo si no quieres. Con el libro no necesitarás de nadie, puedes ser el mago más grande de todos los tiempos o seguir siendo un sirviente de los propósitos ajenos. Elige».

La puerta se abrió de golpe y Alberto apareció tras ella. Ultano abrazó su libro y desapareció en un fuerte chasquido en el aire, ante la mirada conmovida de su hermano.

A partir de aquella funesta noche, Ultano se instruyó de principio a fin con los conocimientos del Libro Oscuro. Renombrándose Ultanus Montenegro, escondido en lugares remotos, en bosques oscuros y parajes solitarios, fue capaz de resistir el duro y largo proceso de la oscuridad. Muchos magos se habían consumido durante el aleccionamiento, pero él se engrandeció. Cuando su poder fue notable, reunió un movimiento de deseosos de magia negra, actuando al margen de la comunidad mágica. Tal fue su poder y el de sus vasallos que desafiaron a la comunidad, llenándola de sombras. Aprendieron las maldiciones más terribles y los conjuros más crueles. Mientras tanto, el anciano maestro ofreció el relevo a Alberto Montesinos, nombrado maestro de la comunidad. Pero aquello significó que debía dar caza a su malogrado hermano y su movimiento en las sombras.

Finalmente, ambos hermanos se batieron en duelo mientras la comunidad y las sombras se enfrentaban en una cruzada sin precedentes. Y ambos hermanos se mataron, el uno al otro, durante el duelo. La maestría de la luz y de la oscuridad, destruyéndose mutuamente.

La cruzada terminó y el libro maldito quedó nuevamente perdido, en algún lugar escogido por Montenegro que a nadie reveló antes de su muerte. Algunas sombras quedaron reintegradas en la comunidad tras la paz sellada, pero otras muchas renegaron y andan sueltas por la ciudad... cuando cae la noche.